

al aspecto concreto del poblamiento en estas comarcas de la Mancha Baja y Campo de Montiel.

De acuerdo con sus condiciones geográficas, las aldeas, villas y ciudades son poblaciones típicamente esteparias: espaciosas, de líneas llanas, horizontales, como el paisaje que las rodea. En las más humildes y en los barrios no urbanizados de los mayores núcleos, el polvo y el barro —«del polvo, al lodo», dice el adagio— son frecuentes. Los pueblos están muy distantes unos de otros (la proximidad de Manzanares y Membrilla o Ciudad Real y Miguelurra son excepciones) y se da el caso de que algunas de las hojas del mapa topográfico nacional que hemos manejado, concretamente la 761, «Los Romeros», con una extensión aproximada de 527 kms. cuadrados, no tiene sino un sólo núcleo urbano, y no completo. El contraste con la España «húmeda» o con la levantina es evidente. Aquí hay distancias, a veces, de más de 40 kms. entre uno y otro pueblo, si bien lo corriente se reduce a la mitad, que ya es bastante. Es un aislamiento impuesto por las condiciones naturales, por el reparto de la propiedad y por la índole de cultivos como la vid y los cereales, que sólo en determinadas temporadas requieren un cuidado constante. Los geógrafos nos limitamos a decir estas cosas, que por otra parte son evidentes hasta para el profano, pero los filósofos y ensayistas han discurrido sagazmente sobre tales circunstancias y así el Sr. García Pavón destaca este aislacionismo como «causa que une en lo íntimo y separa en lo externo a los pueblos manchegos».

Casi todos los pueblos, como es tradicional, constan de una plaza mayor, más o menos rectangular, con soportales para protegerse de las inclemencias del tiempo, y donde se encuentran el Ayuntamiento y algunas veces la Iglesia Parroquial. Esta plaza es corazón y cerebro de la villa, ágora y foro, lonja y mercado, todo en una pieza. De

ella parten, en sentido radial, las calles principales, no muy rectas, hasta terminar en el campo. Algunas de estas calles son muy largas (por ejemplo, la del General Mola, en Tomelloso, mide casi dos kms.) pues los pueblos se extienden horizontalmente y las casas rara vez pasan de las dos plantas. El material de edificación suele ser a base de tapial de tierra, formado con la arcilla rojiza del terreno (hoy se va usando bastante el ladrillo) y las fachadas se recubren generalmente de yeso, siendo después enjalbegadas con lechada de cal, dando el aspecto de blancura y limpieza característico de los pueblos manchegos. Una franja o friso inferior es de color oscuro, a fin de proteger el blanco y disimular el polvo y las salpicaduras del agua. Los tejados suelen ser a dos vertientes, cubiertos de teja árabe o curvada, si bien modernamente se van prodigando las azoteas. En las casas de dos pisos, de familias relativamente pudientes, se habita durante el verano la planta baja. En la distribución de las más humildes no faltará el zaguán, un corral y la cocina-comedor.

Las numerosas casas de labor que se ven en los campos y viñedos no son en su mayoría continuamente habitadas, sino que sirven más bien de refugio a los trabajadores y para guardar los aperos de labranza. Son típicos los llamados «bombos», construidos con los costrones de caliza tobáceas que se recogen entre las tierras laborales para facilitar los cultivos.

La densidad de población es algo inferior a la media española en la Mancha Baja, pues no llega a los 50 habitantes por km. cuadrado. En el Campo de Montiel se acentúa la disminución —unos 30—, superior todavía a otras comarcas de la provincia como los Montes o el Valle de Alcudia.

Aunque con ritmo lento, el conjunto de esta población aumenta anualmente, como lo demuestran censos y